

# EL MUNDO

Año VI Tomo II

México, Domingo 24 de Diciembre de 1899.

Número 26



**FLORES DE INVIERNO.**

*Cuadro de M. Simonidy.*

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

## LA SEMADA

Antaño, era esta una temporada de jolgorio continuo, nueve días de apuros y trajines visperas de otras tantas noches de fiestas alegres en las cuales no faltaban, por supuesto, su hora de rezar, su rato de concierto, y un resto de baile para que los jóvenes quedaran contentos.

México se divertía en masa, el México aquel de la "Ciudad de los palacios," el de las calles con caños abiertos, y empedrado común más lleno de escarpaduras que una montaña, el de las ventanas con rejas de prisión y los balcones con toscos barandales, el de los faroles colgados en medio de las calles, el de las puertas claveteadas; ese México que contemplamos con cierta curiosidad risueña, al hojear cualquier libro viejo, y detenernos ante una lámina de dibujo algo infantil y perspectiva convencional, ese México que vive en los artículos de Payno y de Zamacois, en los versos de Juan Díaz Cobarrubias y en la "Linterna Mágica" de Facundo; ese México que se va delineando ante nosotros con precisión fotográfica, cuando en el rincón del estrado cursi, fuera de la charla loca de las muchachas, y de la grave conversación de los viejos, nos ponemos á echar palique con la más anciana de la casa, una viejecita de rostro rugoso bajo las dos blancas ondas del peinado, de mascada colorida sobre el torso enjuto, la cual nos cuenta en su lenguaje sencillo y pintoresco, lleno de modismos y adagios, y mientras sostiene en la mano huesosa y declamatoria una colilla humeante, los episodios y costumbres de aquella época, maliciosamente cándida é inocentemente supersticiosa.

Era el tiempo de las "Posadas," el tiempo gozoso de los "peregrinos," las noches de procesión casera en que se cantaban las letanías y los villancicos, acompañados de los pitos de caña de los muchachos, los panderos de los papás, y las risas y cuchicheos de los novios.

Entonces toda la tarde era animación y bullicio. La Plaza de Armas parecía un mar agitado en el que flotaban—mástiles verdes—las ramas del pino chorreando hebras de heno; se balanceaban las barracas bajo las cuales se guarecían cordilleras de confites como pequeños volcanes cubiertos de nieve, ó altos de pastillas como montones de piedras preciosas, ó filas de peregrinos, en supuesta marcha por los pedazos de corteza de árbol, rocas fingidas de aquel camino fatigoso; gritos de los vendedores, tumulto y batahola, ansia de llegar á la casa para colocar el "Misterio," dentro de las arcadas de pino y heno, puestas en el lugar mas visible de la sala; gorjeos de los niños, entusiasmo de los grandes y animación y tumulto por todos los barrios de la Ciudad; eso era la tarde de aquellos días.

Por las noches las calles quedaban solas, alumbradas por la luz blanca de los astros—en México las noches de Diciembre son la primavera de los cielos—y por los faroles colocados de distancia en distancia, que derramaban una luz tan macilenta y débil que más parecían lámparas de capilla que no representantes del alumbrado público. Pero no bien sonaban las ocho en los relojes de la ciudad, cuando de las casas cerradas, altas y bajas, chicas y grandes, surgía la salva de las "posadas:" un reguero de cohetes que rayaban la atmósfera con caprichosas líneas de oro; una flora aérea, luminosa y efímera; rosetones carmesíes, ramilletes azules, lirios de llama deshojándose en el viento.

Y el transeunte solo que caminaba por la desierta acera, tal vez sin familia, sin hogar y sin amor, percibía brotando en una onda de gozo, de cada ventana, de cada puerta, de cada casa, el rumor de las oraciones, los acordes de cristal de las músicas, las risas de los niños y los suspiros de los enamorados.

Hoy aun queremos retener esas costumbres que año por año están más lejos de nosotros; aun hay "puestos" frente á la Alameda, y "posadas" en

las casas de nosotros los burgueses; pero ya en los puestos hay pocos peregrinos, y en las "posadas" no se cantan villancicos. Esta animación que ahora tenemos no es fresca, es recalentada. Hemos perdido el entusiasmo, como hemos perdido otras muchas cosas.

Estas noches de invierno, empapadas de azul, con salpicaduras de astros son muy hermosas, solo que, como los alfileres del frío asaetan en grandes puñados las carnes descubiertas, muy pocos transeuntes se atreven á cruzar bajo el toldo diáfano de los cielos, las calles de la capital.

No bien principia á caer la sombra, cuando se va quedando desierta la vía pública; en la gran avenida los corrillos de los elegantes se desgranán, la procesión que viene del paseo se rompe y bifurca á cada instante y la ronda de luciérnagas que fosforece desde la Calzada de la Reforma hasta el fin de la "gran arteria," se derrama por las calles transversales indicando el rumbo de los carruajes. Y queda únicamente brillando por un momento sobre el crepúsculo de cristal del Ocaso, la aguja de uno que otro campanario con su toque de luz en el remate.

Pero ya sobre el plano oscuro de las fachadas se encienden los escaparates de las tiendas, marcos de resplandor amarillo, tras los cuales luce una fantasmagoría de colores; los cambiantes de las telas, la deslumbrante rutilación de las joyas, los guñapos brillantes de los juguetes, y los reflejos de caleidoscopio de las botellas.

Entretanto los huevos de leche de la luz eléctrica arrojan su claridad temblona y linda hacia el cordaje aéreo del telégrafo. La decoración es bella, pero le falta movimiento y vida.

Ya las parejas de enamorados no van como en primavera á pasear su felicidad á la caída de la tarde y á decirse ternezas, aisladas entre la multitud inquieta.

A las nueve de la noche ya no "flanear" los niños, cantando sobre las aceras rebosantes; ya no se detienen las mujeres hermosas en bandas risueñas, soñando con los ojos entornados ante las telas y los encajes fantásticos de los escaparates.

Y cuando el reloj de la Catedral da las diez de la noche, no quedan en las amplias avenidas más que uno que otro grupo de ebrios, alguna mujerzuela rezagada que va tiritando por el arroyo desierto, y alguno que otro enamorado escondido en el vano obscuro de la fachada.

La ciudad queda silenciosa y triste. Sólo las estrellas ríen en la transparencia infinita de los cielos. Nada palpita en el sutil cortinaje del viento. Acaso el poeta, vidente que vela, sorprende rastros de almas y huellas de oraciones en la diafanidad del ambiente.

Sin embargo, hay seres que no se preocupan del invierno ni procuran calentar sus placeres junto á la lumbre del hogar tranquilo.

Los "bars" abiertos durante la noche arrojan á la vía su cudrilátero de fulgor amarillo. De allí salen, como de una hornaza diabólica, la cargajada cínica y la palabra brutal y obscena.

Es el antro de los desterrados del amor y de la virtud.

Y si levemente, por un rasgo de malsana curiosidad, entreabrís levemente la vidriera, podéis ver en un rincón luminoso este personaje invariable. Es viejo, decrepito, sucio, macilento. Entre una barba hirsuta de canas amarillentas y lacias, gesticula con dolorosa expresión la boca desdentada. Sobre la palidez de los pómulos asoma una mancha cárdena y tras los opacos vidrios de unos anteojos de barillas torcidas, chispean bajo las cejas ásperas y blancas, las pupilas claras y vivas, como dos puas de acero.

Alrededor de la mesa de este patriarca del alcohol, se agrupan unas cuantas caras estúpidas y nerviosas que parecen iluminadas por la llama verde de un ponche invisible.

Cerrad. Allí no hay alegría sana. ¿Que oís también algazara y risas? Son las tristezas que se embriagan.

Seguid por las calles solitarias. Ya nadie pasa. Y no es que duerman los habitantes de esta ciudad abandonada, es que el amor bueno se ha quedado en casa para bendecir el invierno que junta las bocas y las almas. . . . .

Los niños han escrito muchas cartas y los hombres sonreímos. Estos pequeños soñadores de maravillas nos contagian con su fe inocente. En cada balcón, en cada ventana, un zapatito espera el milagro. Asistirá, de seguro, Santa Claus, á la cita misteriosa. De allá vendrá; del Oriente azul, empalidecido por una serena fulgencia y atravesará con su manto amarillo, su barba de nieve y su gorra de nigromante la ciudad dormida. Debe traer, como siempre, un cargamento de chucherías, que desde lejos, en la marcha apresurada, á la claridad blanca de las estrellas, brillarán inquietamente como un ejército de luciérnagas. No tardarán en aparecer sobre la esfumada crestería que recorta el horizonte, reflejos de acero, astillas de plata y relámpagos franjeados de matices como pedazos de iris roto.

Espera á tu regio protector, zapatilla charolada que cuelgas del barandal, lanzando brillos dulces, y tú también, obscura botita de tacón gastado y punta roída y chinesca, y todos los que curiosamente asomáis por entre las brumas de las rejas, como atisbando en la remota perspectiva la súbita y deslumbradora aparición; esperad la hora anunciada, en el misterio de la noche.

Y en el fondo de cada uno de vosotros, pequeños en vela, que habéis dejado la tibieza de la alcoba por recibir los premios celestiales, el alba sorprenderá el juguete, la moneda ó la golosina.

Yo sé bien que las manos de los ángeles preparan esta silenciosa "kermesse" de la inocencia.

¡Oh, es cierto! Ya por el mar azul y profundo de la noche, vienen bogando "barcas de cristal llenas de lirios" . . . . .

Dejemos la descripción de la fiebre taurina para otra vez. Que no se interrumpan estas líneas serenas con aquellos alborotadores recuerdos. El entusiasmo rayó en frenética locura.

No mezelemos al azul del cielo el púrpura de sangre.

No faltará lugar. Y además, acaba de pisar esta tierra María Guerrero. Pongámonos en pie para saludar al Arte excelso. . . . .

LUIS G. URBINA.

## LA BENEFICENCIA PRIVADA.

Nada fija mejor el nivel de civilización de los pueblos, que la organización de las instituciones de beneficencia. Los pueblos primitivos, las hordas salvajes, las tribus nómadas, desconocen de todo punto la caridad y ni la practican entre sí ni menos aun con los extraños. En muchas de esas agrupaciones, lejos de amparar y defender al inválido, al enfermo, al anciano, se les sacrifica por inútiles y onerosos. En áspera y cotidiana lucha por la vida, esos hombres se deshacen de toda "impedimenta," aligeran lo más que pueden la carga, sueltan lastre para mejor marchar y ya, como en Esparta, sacrifican al niño deforme, ya como en China, ahogan al hijo sobrante, ya como en la India, instituyen para las viudas el deber de morir con el esposo que las mantiene, ya como entre las canacas, suprimen del catálogo al vencido de la existencia y asan y condimentan en barbacoa á sus padres ancianos ó á sus madres impotentes.

Con los progresos de la civilización estas costumbres salvajes y menos que animales, se dulcifican; la caridad reviste la forma negativa de no dañar; para pasar más tarde á la forma positiva y activa de hacer el bien. Son los potentados de la tierra, los monarcas, las castas privilegiadas, las únicas ricas y poderosas, las que fundan las instituciones de beneficencia, las que crean asilos, hospitales, orfanatorios, las que distribuyen á la puerta de claustros y palacios las migajas de sus banquetes y los restos de sus festines. En Roma se distribuye trigo á la plebe romana y la solicitud de los poderes públicos va hasta instituir el circo gratuito para solaz del público; en la España medio eval al rededor de cada convento pululan mendigos á quienes se distribuyen víveres; los señores feudales van siempre rodeados de parásitos, á quienes mantienen y dan limosna.

Los monarcas absolutos suelen mostrarse espléndidos y fundan grandes instituciones de beneficencia "de su propio peculio" (léase del fruto de sus exacciones) pero la caridad privada languidece, apenas si se ejerce de la mano á la mano, bajo la forma de pobres y raras limosnas, ó bien, bajo la de una hospitalidad momentánea y transitoria. Y no puede ser de otro modo bajo esos regímenes, la riqueza pública está concentrada, la monopolizan contadas personas y el resto es pobre, miserable, casi mendigo.

De tiempo en tiempo surgen filántropos eminentes, como Vicente de Paul, como Carlos Borromeo, que mendigan para los pobres, que piden y obtienen, y con ello fundan instituciones benéficas sin llegar, á pesar de sus esfuerzos, á generalizadas y á promover acentuado movimiento privado en su favor.

La caridad privada no se generaliza, fortifica y prospera, sino bajo el régimen industrial que distribuye en muchas manos una inmensa riqueza, que crea burgueses más opulentos que príncipes, que unge reyes del oro, del fierro, del carbón, del trigo á innumerables particulares, que desvincula la riqueza de manos de las castas privilegiadas y la difunde á torrentes en la masa de los pueblos.

En estas condiciones el archimillonario que ha luchado, trabajado y sufrido y que ha acumulado tesoros pasa sin transición y sin conciencia, casi de la avaricia á la generosidad, de la codicia al desprendimiento, de la "tominería" á la prodigalidad. Al período de concentración y de acumulación sucede el de expansión y distribución. Saciada su ambición, atesorados los caudales, conjurado todo peligro de miseria, allegadas probabilidades de mayor lucro, el millonario comienza á percibir que hay seres que sufren, que hay dolores sin consuelo, penas sin recompensa, labores sin fruto, y que el combate en que él salió victorioso, ha dejado tendidos en el campo muchos luchadores sin fortuna, muchos paladines sin gloria; que otros, insuficientemente armados, se aprestan á una lucha en que sólo les espera la derrota. El potentado abre entonces sus cajas, prodiga á manos llenas lo que acumuló grano á grano, funda hospitales para los heridos en la pelea, asilos para los inutilizados en la campaña, escuelas para armar á los inermes; y como los potentados pululan y los millonarios se hacen incontables, la caridad privada, extraoficial, prospera, se prodiga y alcanza proporciones inauditas y refinamientos sibaríticos.

Tal pasa en Francia, en Inglaterra, en Norteamérica. Ya es la baronesa Nataniel de Rostchild que lega millones y millones á la beneficencia; ya la señora Heart, que funda una Universidad; ya otras mil que crean hospitales suntuosos como palacios, que levantan y sostienen escuelas monumentales y que organizan soberbias ambulancias en caso de guerra.

Tal comienza ya á pasar entre nosotros como consecuencia natural de nuestra prosperidad y del aumento y difusión de nuestra riqueza. Siempre hemos sido caritativos de la mano á la mano; pero desde la conquista hasta la reforma fueron los gobiernos, el clero y contados magnates quienes hicieron importantes fundaciones benéficas. Cortés fundó el Hospital de Jesús; Lorenzana, La Cuna; muchos hospitales el clero y el gobierno; Maximiliano ó más bien Carlota, "La Maternidad;" algunos mineros ricos como Borda, instituciones de importancia.

Después de la Reforma las fundaciones piadosas de origen privado fueron pocas; pero no escasearon las de origen oficial. La Maternidad de Puebla es privada; la Casa Amiga de la Obrero también, así como los asilos de Colón y de Mendigos. Con esas instituciones pareció iniciarse un renacimiento de la caridad, y el Asilo de Niños que acaba de fundarse en el Saltillo es de ello una prueba. Un filántropo sin hijos quiso hacer el bien á los hijos ajenos, y con sacó doscientos mil pesos á fundar un asilo modelo de la infancia, con todo el confort y el refinamiento de exigencias que hubiera querido ofrecer á su propia prole. En él vivirán "en familia" los huérfanos, los abandonados y los desheredados. Serán pocos para que puedan estar bien asistidos y recibirán no sólo la casa, el vestido, el sustento y maternales cuidados, sino también enseñanza que eleve su nivel moral y los arme de punta en blanco para afrontar la lucha por la vida.

Grande obra y gran ejemplo; todo corazón noble debe conservar el nombre de ese noble filántrópo que no sólo supo ser espléndido para con la orfandad, sino que supo dar á su filantropía la mejor de las orientaciones. No hay forma de caridad más tierna, más noble y más pura, que la que se ejerce con la niñez.



### PROFETAS ENGAÑADOS.

~)O(~

Los enemigos declarados de los caminos de hierro negaban á éstos toda importancia comercial, estratégica, etc., por la razón (para ellos incontrovertible) de que las máquinas no alcanzarían la deseada perfección para correr con gran velocidad, y que no era posible que prosperasen.

¡Quién les hubiera dicho que antes de morir el siglo habían de llegar á ser los ferrocarriles el factor más importante del moderno progreso!

En nada acertaron... Consideraban el mayor de los absurdos pretender que los trenes sobrepujaran en un doble la velocidad de las diligencias... y he aquí la progresión que ha resultado del perfeccionamiento de las máquinas:

En el año de 1825 recorrían en una hora las locomotoras 9 kilómetros. En 1829, 25 kilómetros. En 1834, 34 kilómetros. En 1838, 51 kilómetros. En 1839, 62, kilómetros. En 1868, (tipo Crampton) 70 á 80 kilómetros. En 1899, 90 y más kilómetros.

El tren que recorre el trayecto de Farfar á Perth (Escocia) devora una distancia de 52'29 kilómetros en 33 minutos; unos 95 kilómetros por hora.

¡Y aún se pretende duplicar esta velocidad enorme, suprimiendo en los trenes todo objeto saliente que oponga resistencia al aire!

No hay para qué hablar del inmenso desarrollo alcanzado por este medio de locomoción, que va adquiriendo de día en día gigantescas proporciones; baste decir que solamente en Alemania se fabrican al año 1,500 locomotoras, y que en la actualidad la longitud de las vías férreas en servicio, es tal, que "podría" tenderse con ellas una "doble" vía desde el planeta á su satélite.

Si tan equivocadamente discurrían los sabios ¿qué extraño es que el vulgo se mostrase acérrimo enemigo de los ferrocarriles?

En todos los países, y especialmente en España, las primeras locomotoras infundieron al pueblo verdadero terror, en parte justificado, porque (sea dicho de paso) la imperfección de las primitivas máquinas y sus accesorios, coches, frenos, etc., ocasionaba frecuentes descarrilamientos... La regla general era seguir viajando en diligencia, más cara, más lenta y más incómoda que los trenes, pero en cambio más segura.

Además, decíase que el establecimiento de las vías férreas haría imposibles los pastos; que el humo de las locomotoras envenenaría el aire; que morirían los pájaros; que las chispas de las máquinas incendiarían los poblados y caseríos, por cerca de los cuales pasase el ferrocarril; que quedarían en la miseria infinidad de arrieros, carteros mavorales, posaderos y empresarios de coches...

Tan arraigadas estaban estas creencias, que muchos pueblos de no escaso vecindario, se opusieron con inusitada tenacidad á que pasara por su término tal ó cual vía férrea en proyecto.

Ejemplo de esta irracional testarudez tenemos en Fraga, importante población de la provincia de Huesca, que hizo sobrehumanos esfuerzos para evitar que pasara por allí el ferrocarril, y sin él sigue á estas horas, habiendo quedado rezagada y "fuera de concurso" entre otros pueblos que van creciendo y prosperando. Igual lamentable conducta siguió Carmona, (Sevilla.) y cuando "volvió en sí," después de ver que se iba quedando á la cola, empleó todas sus influencias, su dinero y sus recursos en corregir el daño que por voluntad propia se había causado... hoy cuenta nada menos que con dos vías férreas que la unen á la capital y al resto de España.

Tampoco se había enamorado de los ferroca-

rriles el gobierno español, pues como decía un escritor de aquella época (1846) "en lugar de fomentar, proteger, alentar, activar y favorecer á las empresas de ferrocarriles, lo que ha hecho ha sido embarazarlas y entorpecerlas cuanto ha podido, suscitándolas mil obstáculos, tropiezos, dilaciones y dificultades." Es la eterna historia de esta pobre España...

La primera concesión que se dictó en la Península lleva la fecha de 6 de Abril de 1845, para la sección de Almansa, comprendida entre Madrid y Aranjuez; pero no fué ésta la que se inauguró primero, sino la de Barcelona á Mataró, en 28 de Octubre de 1848, concedida el 16 de Marzo del mismo año. A esta siguieron la de Aranjuez, Langreo á Gijón, Valencia al Grao, etc.

Extremadamente curioso era observar el indecible asombro, la estupefacción que, según testigos presenciales, causaba á las sencillas gentes del campo el ver pasar con rapidez vertiginosa el tren, escupiendo vapor y echando chispas, sin que atinaran á descifrar aquel enigma... ¡Tantos coches corriendo sobre la vía sin auxilio de mulas ni caballos! Proverbial es ya la explicación de aquel palurdo: Los caballos iban dentro...

Otro motivo de terror eran los "tunnels," que así se denominaban entonces los túneles, hasta que se castellanizó la palabra; á muchos infundían pavor, con sus bocas abiertas y tenebrosas, dispuestas siempre á tragarse los trenes que en ellos se precipitaban con ruido ensordecedor...

Los relatos de lo que entonces pasaba, las escenas á que dió lugar el establecimiento de los primeros ferrocarriles, nos parecerían ahora cuentos y exageraciones andaluzas si personas muy dignas de crédito no las confirmasen en calidad de testigos presenciales. Eran frecuentes las agresiones á los trenes, pedradas, disparos de armas de fuego, y hasta el hecho criminal de poner obstáculos en los "rails" ó railes. He oído decir que algunas viejas supersticiosas volvían horrorizadas la cabeza y se santiguaban al ver pasar el tren, firmemente persuadidas de que aquello tenía que ser por fuerza alguna invención del diablo; y que la gente moza, las mujeres sobre todo, si bien más despreocupadas en cuanto á la intervención diabólica, lloraban presenciando la vertiginosa marcha del tren, que conducía elegantes viajeras, alegres y confiadas... "Ay, pobres señoritas! (gritaban) ¡Se van á matar!"

Un respetable amigo mío, el señor B., me contó el siguiente caso, con el cual daré término á estos breves apuntes:

Dicho señor hizo un viaje de Córdoba á Madrid el año de 1865, cuando no había más trayecto ferroviario que desde Madrid á Alcázar de San Juan. Tuvo, pues, que ir desde Córdoba á esta última población en diligencia, y entre sus compañeros de viaje venía un pobre señor casi ciego, ó enteramente ciego podría considerársele, pues llevaba una venda sobre los ojos. Iba á Madrid para someterse á una difícil operación, y acompañábale un hijo suyo.

Después de muchas horas de diligencia llegaron á Alcázar; el señor B., al transbordar al tren, se instaló en el mismo departamento que sus primitivos compañeros de viaje.

Apenas se puso el tren en movimiento, exclamó el caballero enfermo de la vista:—¡Caramba, qué hermosa y bien cuidada carretera! ¡Qué marcha más suave! Así debiera ser todo el camino... Sonrióse el señor B., tomando aquellas frases por una broma, y nada contestó; pero algún tiempo después tornó el caballero á decir:

—¡Es extraño! ¿No les choca á ustedes el tiempo que tardan en mudar el tiro?

Comprendió entonces el señor B. que aquel caballero creía aún viajar en diligencia, y va iba á sacarle de su error, cuando le detuvo con un gesto el hijo del ciego.

—Ruego á usted que no le dé explicaciones,—díjole al oído.—Mi padre no sabe que viaje en el tren... Cree que sólo hemos cambiado de diligencia; pero si se entera de que vamos en ferrocarril, se apeará en la primera estación sin que furzas humanas le obliguen á continuar el viaje... Le horrorizan los trenes...

Como es de suponer, el silbido de la máquina, el tufillo del carbón y mil detalles más revelaron al caballero la verdad... Se puso tan desazonado y fuera de sí, que hubo necesidad de sujetarlo... En la primera estación en donde hizo alto el tren (Villacañas) se apearon padre é hijo.

## EL SOLDADO INGLÉS.

No es este un estudio sobre la organización, cualidades y defectos técnicos del ejército inglés, institución que levanta en los días que corren una polvareda de críticas á cual más severa por su notoria deficiencia para afrontar una campaña contra fuerzas bien apercibidas. Tal vez en otro artículo digamos algo acerca de la organización



*Preparándose para el baile.*

de los ejércitos de la Gran Bretaña y de los países que forman el Imperio de S. M. la reina Victoria.

Por hoy nos limitamos á hablar del soldado inglés, de su vida en el cuartel y en campaña, del procedimiento que se emplea para reclutarlo y de la formación de la oficialidad, así como de las relaciones que existen entre esta y la clase subalterna. Estas indicaciones casi enteramente descriptivas, servirán para comprender las causas de donde derivan las cualidades y defectos del ejército sometido hoy á la más rigurosa prueba experimental en las regiones sud-africanas.

El soldado inglés se diferencia del soldado continental en que es mercenario. En las otras naciones europeas de importancia, el servicio militar es obligatorio y universal; Inglaterra, apoyada en la superioridad de sus fuerzas, cree que le basta y sobra para las exigencias de su política con un ejército de tierra limitado. Si no tuviera que mantener la paz en las Indias y adquirir y conservar colonias, no vacilaría en licenciar su ejército, aplicando al desarrollo de la flota las economías obtenidas de tal suerte.

Las exiguas proporciones del ejército, le permiten á Inglaterra, atraer soldados con el cebo de ventajas pecuniarias. El ejercicio de las armas es para esa gente una profesión lucrativa que les proporciona elementos para vivir cómoda y alegremente. No sólo, sino que puede llamarse regalada esa vida: á las siete se levantan, se desayunan á las ocho, comen á la una, á las cuatro y media beben té, se pasean hasta las diez de la noche y á esa hora se recojen. Entre las horas señaladas, hacen ejercicios que duran una ó dos horas, limpian sus armas, se asean, fuman y charlan. El cuadro es idílico: convida á hacerse soldado de S. M. B.



Para reclutar soldados en un tiempo y en un país en que la industria paga tan buenos salarios á los obreros inteligentes y enérgicos, hay que dirigirse á las clases é individuos que carecen de tales cualidades, á los que en vez de luchas buscan ociosidad, á los que quieren comodidades gratuitas y un porvenir asegurado contra toda eventualidad. El resultado es que las fatigas de la guerra los horrorizan, aunque la guerra sea su destino, voluntariamente aceptado. Prueba de esto el pavor que

hay en los regimientos cuando van á relevar á los soldados que cumplen su servicio de ocho años en la India. Muchos, empero, quieren que se les llame á ese servicio; los atrae lo desconocido y saben que las penalidades no abundan allá, pues por lo contrario, la vida es mejor que en la metrópoli. Los ocios son interminables y las distracciones infinitamente variadas. No hay servicio manual en el cuartel; todo lo hacen los indígenas. ¡Hasta los barberos son indios que afeitan á sus clientes en la cama! Los cocineros son indios también y le sirven el té al soldado ¡y se lo llevan á la cama!

Afeitado y animado con el calorcito del té, se decide el buen soldado á dejar la cama para hacer ejercicio militar, tarea bien corta y nada fastidiosa.

Entretanto, los indios hacen la cama, asean el dormitorio y mudan agua.

Cualquiera se sentiría tentado de ir á disfrutar esa vida mimada. Aun los peligros que allá se corren tienen sus encantos, los de la guerra naturalmente, que en los del clima no hay quien piense. Por eso hay tantos imberbes en las filas de los regimientos tropicales con ser tan aventurado para un adolescente meterse en las hornazas de aquel clima. No obstante que se prohíbe la admisión de individuos menores de veinte años, no escasean soldados de dieciseis; pero ¿cómo impedirlo? En el Reino Unido no hay "estado civil," de lo que resulta la imposibilidad de rechazar á los infractores. Desde Wellington hasta Napier y Wolsley, todos los generales ingleses se han quejado amargamente de este obstáculo para la buena organización del ejército; la frase de Lord Wolsley es célebre: "mientras no se pueda determinar la edad de un hombre como la de un caballo, por el examen de los dientes, esto no se remediará." El clima diezma á los jóvenes en Egipto y en las Indias, pero las víctimas no se preocupan.



*Lectura de la orden del día á la guardia.*

Los hombres maduros, por su parte, no se engrían con la vida aventurera, abominan de ella, y cuando reciben orden de marcha sienten que la tierra se les abre bajo los pies. Obreros sin porvenir alistados en el ejército por pereza, jefes de familias irregulares, la deserción es la única salida que tienen para eludir las órdenes de movilización, y en efecto, desertan, á reserva de darse de alta en otro regimiento, cosa no muy difícil dada la falta de medios fehacientes para identificar á las personas. De ese modo evitan el destierro temido y sin correr grandes peligros reciben una nueva prima. Esta circunstancia explica la gran proporción de desertores que aparece en las estadísticas del ejército inglés. Para evitarla se toman mil precauciones, tales como no publicar sino hasta última hora la lista definitiva del destacamento de relevo. Encierran al batallón, doblan guardias, se pone un cordón de centinelas á lo largo de los muros exteriores. El "prevost sergeant" y sus ayudantes,—"soplones" como se les llama,—recorren los barrios de mala fama, la estación y el interior del cuartel. Si con tanta vigilancia se logra evitar

las deserciones, una vez que se divulga la lista de los designados, se les abruma á fuerza de trabajos y se les aturde con revistas é inspecciones. El cuartel se convierte en un infierno: carros de transporte, caballos que piafan, maletas que ruedan por las escaleras, mujeres y niños que lloran, toques de clarín, ladridos de perros....

El soldado que tiene familia legítima, la lleva consigo; los otros se despiden de los suyos y en marcha. Unos y otros, á fuerza, no lo disimulan; son mercenarios que cumplen con su deber á regañadientes.

Con todo, el valor no les falta. Lo han probado en todos los campos de batalla. Pertenecen á una raza vigorosa, habituada á todos los ejercicios corporales, se han fortificado con un régimen regular y altamente higiénico y tienen cualidades que valen mucho, flema y amor propio. Ciertamente, habituados como están á las comodidades, no las dejan así como quiera; en Crimea más de una vez llegaron con retardo á la cita y eso para instalarse en el vivac con lujos de "comfort" que no comprendían los franceses. Pero á la hora del fuego, el francés los admiró por su bravura.

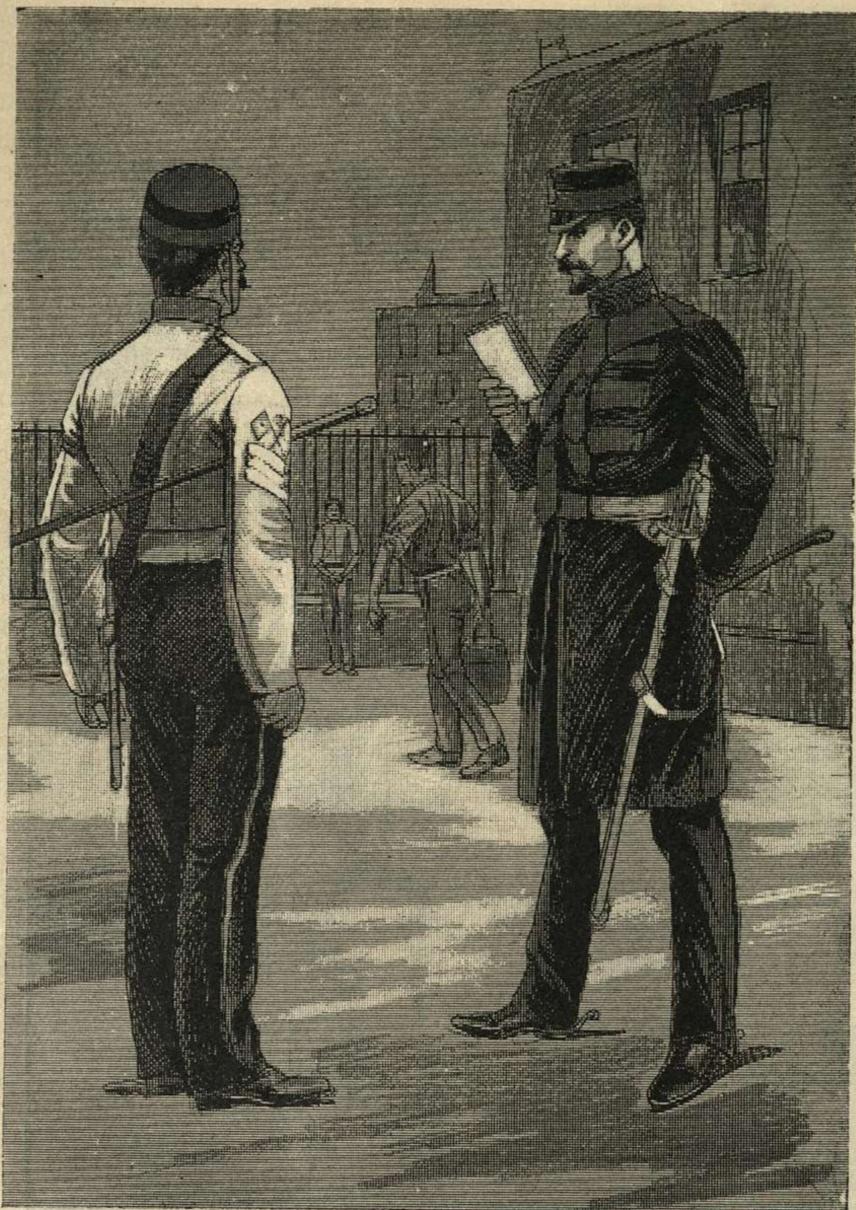
El ejército inglés parece una supervivencia del antiguo régimen; puede verse en sus filas algo de lo que había en los ejércitos franceses del siglo de Luis XV, reclutados en el Puente Nuevo y puestos de soldados con apodo, valientes, pero sólo cuando les daba la gana, y tan inclinados á la deserción, que tenía que adoptarse por fuerza la táctica lineal que mantenía á los soldados codo con codo bajo la incesante vigilancia de los oficiales.

Los "recruiting officers" operan en la Plaza de Trafalgar. Los tales "recruiting officers" son cabos ó sargentos retirados, á quienes se paga, además de su pensión, un tanto por cabeza de reclutas que logran alistar. Pasan las de Caín para atraer gente y aun tienen que apelar al charlatanismo en la enumeración de las ventajas de la vida del regimiento. El oficio de reclutador no es sólo difícil sino aleatorio, pues si abundan las escaseces de alistamiento en años de malas cosechas ó cuando hay huelga, en cambio hay tiempos en que nadie se presenta y el reclutador tiene que ir á las aldeas á deslumbrar con su uniforme á los mendigos, á los vagabundos y á los inconstantes, sus clientes habituales.

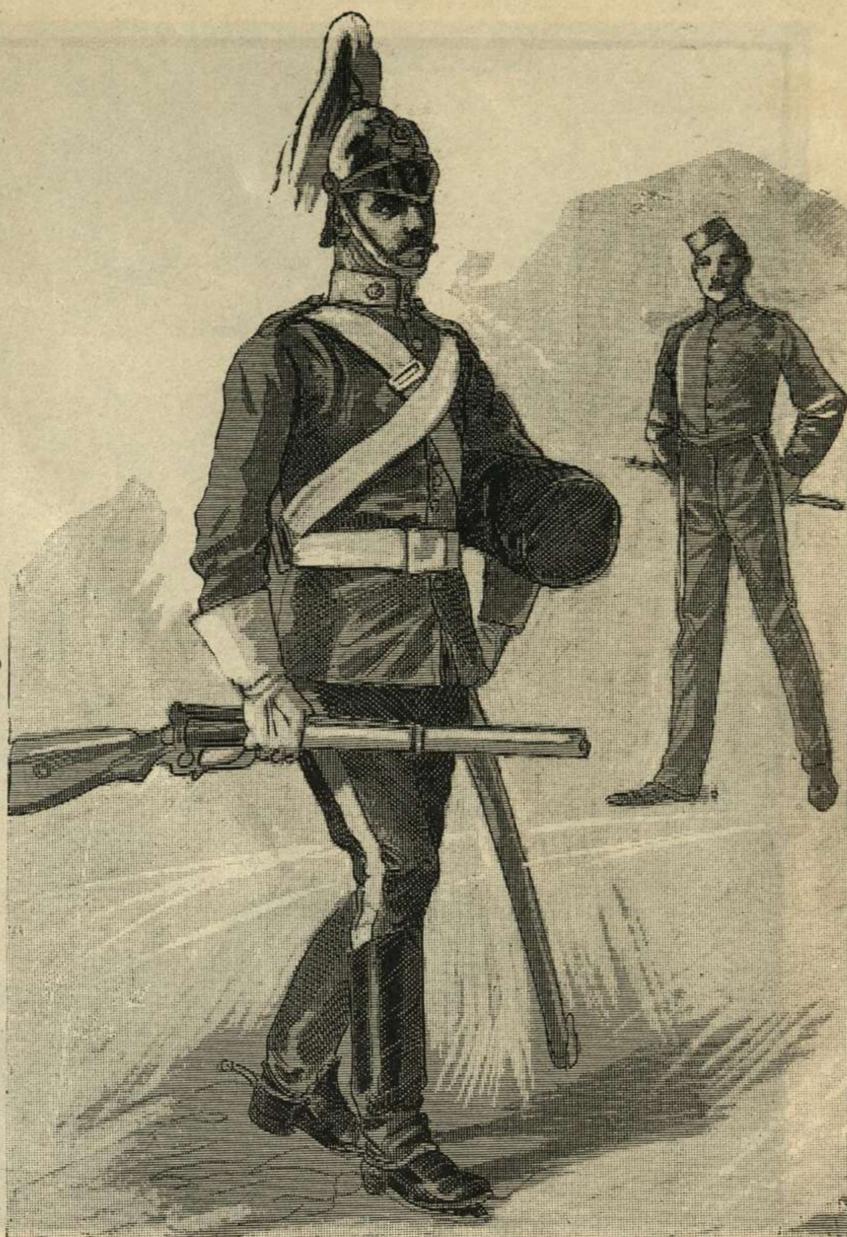
El que se alista rara vez se arrepiente. No hay por qué, como podemos verlo, si recorremos el interior del cuartel. Llamemos á un dormitorio á las



*Al tocar diana.*



Granaderos de la guardia.



Soldado de caballería.

siete de la mañana, mientras el oficial de guardia va y viene, calentándose al pasar por la chimenea del garitón; un letrado nos dice el número de soldados que hay en el dormitorio y el peso del carbón que se les da semanalmente. Cada uno de ellos recibe diariamente doce onzas de carne, una libra de pan y tres peniques para legumbres, sal, etc. En el dormitorio los "nuevos" andan en camisa y los veteranos están tendidos á la bartola en sus camas; en el patio hay grupos de soldados que se abotonan el uniforme con una mano y llevan con la otra una escudilla de estaño, y los castigados juegan con las escobas. A las ocho, el clarín anuncia la hora del desayuno: los dormitorios están ya aseados, las camas hechas, todos los soldados lavados de cara y manos y la mesa puesta. Se sirve el te y el extra del día, mantequilla, arenques ó "porridge" (harina de avena.) Además se proveen á su costa de alguna otra cosa que compran á un soldado vendedor que va de dormitorio en dormitorio con sus mercancías.

El capítulo de la gastronomía merece lugar aparte. El soldado inglés tiene un estómago de gran capacidad. Frecuenta la cantina y un almacén anexo en el que se vende toda clase de artículos de consumo diario; los precios son muy bajos, porque hay compensación en los que tienen las bebidas. Los bebedores pagan por los sobrios, cosa muy moral. Sólo está permitida la venta de cerveza, y el alcoholismo tiende á desaparecer del ejército. En cambio, no se matan de hambre, como lo hemos dicho. En el café del "Casino" se sirve por un penique, un plato de sopa, un plato de arroz ó café y pan con mantequilla.

¿Y los ejercicios militares? El manejo de las armas y las evoluciones figuran apenas en los cuadros de distribución del tiempo. A esos ejercicios hay que agregar la gimnasia, el "football" y los otros "sports" nacionales. La vida del cuartel es divertida y sin duda por eso hay soldados que salen sólo una ó dos veces al año.

La autorización para contraer matrimonio es un favor que sólo se dispensa á los escogidos que tienen siete años de servicios y un ahorro de cinco libras por lo menos. Como las mujeres de los

soldados ganan algo lavando y planchando para los demás, el matrimonio es un privilegio, objeto de las ambiciones del soldado.

Los cabos y sargentos pueden casarse á voluntad, y no es esa su única prerrogativa. Como los oficiales son grandes señores que no han de mezclarse en detalles de poca monta, se valen de los cabos y sargentos, pagándoles bien sus servicios, no sólo con dinero sino con miramientos. En los bailes, el sargento le da el brazo á la esposa del oficial.

Estos viven á lo grande y entre ellos no se ve la diferencia de graduación sino á la hora de servicio. Pertenecen á la misma casta y eso los iguala. En la mesa cada uno preside por turno.

Los oficiales hacen sus estudios en los grandes establecimientos de instrucción, Eton ó Harrow, y después cursan dos años en el colegio militar de Sandhurst, en donde pagan como dos mil pesos anuales de pupilage. Otros proceden de las filas de la milicia y este medio de reclutamiento tiende á generalizarse. Lo que no se ve es pasar de la clase de tropa á la de oficial, por ascenso, sino en ciertos cuerpos especiales y subalternos, como trenes y ambulancias.

¿Y qué decir del lujo de los oficiales ingleses? Tienen para el juego de polo, caballos de dos y tres mil pesos y dan banquetes espléndidos. Pero si visten con elegancia y aun son remilgados, no por eso dejan de ser valientes hasta el heroísmo. Hijos de una raza vigorosa, son enérgicos, sensatos, y sobre todo, tienen una sangre fría admirable para afrontar los peligros de la guerra. Estas cualidades, su fortuna y el prestigio de su posición y de su educación excelente, los ponen á la altura de las emergencias más difíciles.

¿No es esto todo lo que se necesita para ser un soldado de primera? Es mucho, pero aún falta algo que no se suple con nada y que sólo se adquiere con la experiencia de las maniobras y de la guerra científica.

### El juego de pelota en el país vasco.



¿Os acordáis de "Ramuntcho"?

Cuando Pierre Loti se aduerme muellemente entre los brazos de madame Chrysantème, enfrente de un paisaje rojo sembrado de árboles pequeños; cuando contempla los rayos de la luna desde una terraza argelina; ó cuando de la inmensidad del desierto ve destacarse la blanca túnica flotante de un spahi, no impresiona tanto, no traza tan hondo surco, como cuando del brazo de Ramuntcho excursiona por las soberbias montañas del país vasco.

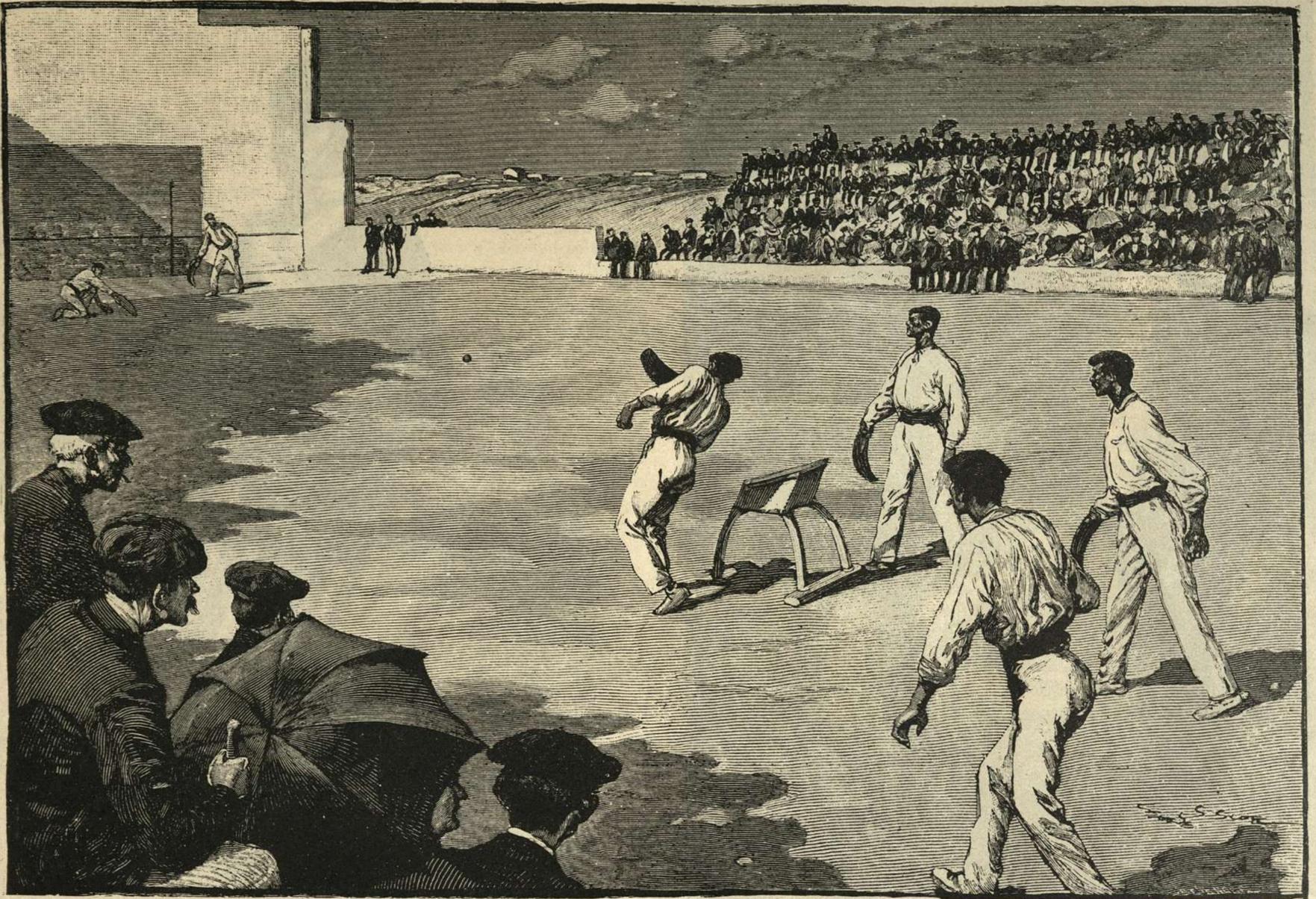
Y es que la armonía de los hombres y de las cosas resalta en ese libro de una manera maravillosa: para aquellas montañas, aquellos hombres.

Hombres sanos de cuerpo y de espíritu, fortificados por la salubre brisa montañesa, viven los vascos una vida amplia y robusta, una vida poderosa y desbordante, en estrecho y constante matrimonio con la intemperie y el movimiento que, con sus caricias bienhechoras, fortalecen sus músculos hasta darles la consistencia del acero.

Esos hombres fuertes y sanos, necesitaban, naturalmente, un "sport" fuerte y sano, al aire libre, bajo las ardientes caricias del sol. Y ese "sport," es el juego de pelota.

La pelota es para los vascos una verdadera pasión. La afición es en ellos congénita y si se pregunta á un niño vasco qué es lo que le causaría mayor placer, responderá siempre que desea una pelota.

En el país vasco cada aldehuela posee su frontón más ó menos formal, más ó menos rico, pero el frontón es allí tan necesario como la iglesia. El vasco juega á la pelota diariamente, como si fuera una tarea fisiológica é imprescindible, y es claro, que en un momento dado llega á serlo realmente. El obrero, en un instante que el trabajo le deja libre, aprovecha el tiempo ejecutando un centenar de rebotes; los domingos se organizan grandes partidos entre los más hábiles jugadores y todo el pueblo acude á presenciar su espectáculo favo-



Partido de rebote en una aldea de tierra vasca.

rito, con más ardor y más entusiasmo que los andaluces y los castellanos cuando van á la plaza de toros.

A las veces los jugadores no pertenecen á la misma aldea, y entonces el amor propio sube de punto y el combate atlético adquiere enormes proporciones. Españoles y franceses—no importa, con tal de que sean “vascos”—cifran todo su orgullo en que su lugarejo venza á los otros.

Lo más curioso del caso es que, por lo general, las apuestas no son mayores y la codicia nada tiene que ver en el entusiasmo de los combatientes. Los vascos aman su juego de pelota, por él mismo.

Los especuladores ciudadanos han querido transformar ese juego regional, noble, sencillo é inocente, en una mina de especulación para arrancarse mutuamente puñados de oro y fajos de billetes de banco, y en gran parte lo han logrado, estableciendo frontones en varias ciudades de España, en Buenos Aires,—donde el juego ha alcanzado puntos inauditos—en el Brasil y en México mismo.

Pero el juego de pelota tal como es, noble, desinteresado, persiguiendo sólo un viril solaz, sólo se encuentra en las blanquísimas aldeas que, cual bandada de palomas, cubren las arideces de la montaña vascongada.

Es inútil describir el mecanismo del juego, puesto que en México todo el mundo lo conoce.

Basta presenciar un partido para darse cuenta de la suma de habilidad, de conocimiento y de fuerza que es necesaria para dominar el juego, y para explicarse las atléticas cuadraturas y las acertadas musculaturas del pueblo vasco, vivificadas y formadas al yunque de un ejercicio tan viril.

Es tan general y tan arraigada la pasión por la pelota en el pueblo vasco, que hasta los eclesiásticos suelen tomar parte en el juego. Leemos en una revista que los actuales párrocos de San Juan de Luz y de Bidart, son “pelotaris” de primera fuerza.

En el país vasco, puede decirse que cada muro, cada pared, se convierten en frontón; la pelota se halla siempre á mano y los pequeños partidos se organizan constantemente y por doquiera. En uno

que otro muro hay inscripciones que prohíben usar para rebote, pero puede estarse seguro de que, en para el rebote, puede estarse seguro de que, en ese caso, el dueño de la pared no es vasco. ¡A un vasco jamás se le ocurriría hacer semejante prohibición!

El juego de pelota original y genuino es con guante ó á mano limpia. La mayoría de los vascos—aun los pertenecientes á clases elevadas—tienen la palma derecha ligeramente encallecida á fuerza de jugar á mano limpia; los jugadores profesionales la tienen curtida y endurecida como un pedazo de cuero y privada de toda sensibilidad.

A menudo, durante el juego, la mano se inflama y se deforma por la afluencia de la sangre. No es raro entonces ver que el jugador suplique á cualquiera de los presentes, que le aplane la mano con los pies, hasta volverla á sus proporciones naturales.

La invención de la “chistera” es relativamente reciente y data apenas de unos treinta años. Alguien ha llamado á la chistera el “cañón rayado” de los pelotaris, y el calificativo es justo, dada la gran fuerza que el combo adminículo imprime á la pelota.

Para los buenos jugadores vascos se ha abierto un nuevo horizonte, porque merced á la fiebre de apuestas pelotáricas que se ha desarrollado en las grandes ciudades españolas é hispano-americanas, son contratados en muy buenas condiciones. El primero que obtuvo una contrata semejante, fué el expertísimo “Chiquito de Eibar,” hace unos quince años, y desde entonces quedó formado el gremio de pelotaris profesionales, que aumenta cada día más.

El mencionado Chiquito de Eibar, Portal, Brau, Irun, Manco de Villabona, Mardura, Elicegui, Beloqui y otros, llegaron á ganar verdaderas fortunas. Actualmente no es raro que buenos pelotaris sean contratados para América á razón de siete ú ocho mil francos mensuales.

Los pueblos de Azcoitia, Azpeitia, Rentería, Eibar, Vergara, Marquina, son célebres en los anales del juego de pelota por los pelotaris célebres que nacieron en ellos.

Actualmente el Brasil es el país en que con mayor fuerza florece la afición y los pelotaris más altamente cotizados son, entre otros, los hermanos Salazar, el Chiquito de Ondorroa, Zabarte, Oláis, Pasieguito y Gamborena.

Fuera de España, en los demás países no ha podido aclimatarse el juego de pelota. En París se hizo una intentona hace algún tiempo, por miembros de las Colonias española y latino-americana, pero fracasó.

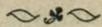
A últimas fechas se sabe que el sport euskaro ha sido inscrito entre los que figurarán en Vincennes con motivo de la próxima Exposición internacional.

¡Ojala se extienda, porque—prescindiendo de su faz especulativa—es uno de los sports más viriles y hermosos en que el hombre sano puede lucir la fuerza y la habilidad de sus músculos!

SARDIN.



**¡QUIETO!**



El formalismo legal tiene en Francia aspectos ridículos, casi incomprensibles para nosotros, que por más que se diga, no estamos tan empanañados en la rutina como los pueblos del Viejo Mundo. Ya nuestros lectores saben lo bastante acerca del proceso seguido ante la Alta Corte de Francia contra los señores Deroulede y socios por conspiración contra las instituciones, y todos los que no están muy al tanto de estos escándalos, los ignoran porque ya les fastidia la eterna grito de protestas contra-protestas, declamaciones efectistas y toda la balumba que divierte á veces y aturde siempre al Universo, porque las agitaciones y golpes dramáticos de la política francesa tienen el privilegio de resonar en todo el mundo.

El grabado que publicamos representa una escena curiosa: para fijar el decreto de "decheance" contra los conspiradores que tienen representación pública, va el ugier á los sitios indicados acompañado por un corneta y por el individuo que pega en los muros los papeles. El ugier lee el papel y se lo pasa al pegador mientras el corneta lanza al aire sus ríspidas notas.

Las cosas se hacen en forma, y más desde que los fotógrafos de las grandes publicaciones andan en busca de asuntos para grabados.

El señor ugier y sus auxiliares desempeñan las funciones de su cargo preocupándose más por "salir bien" en las negativas de los fotógrafos que por llenar una formalidad á la que, allá en su fuero íntimo no le dan mucha importancia.

Llega, pues, el grupo á la puerta del Senado, procede á cumplir con su obligación y al oír la voz del fotógrafo que hace cabeza: "Uno, dos, tres, ¡quieto!" se paran con firmeza en actitud de "pose" y no se mueven hasta que cae el obturador de la cámara.



*¡Quietos! Escenas del proceso contra Deroulede.*

**ASILO PARA HUERFANAS.**



El día primero del entrante se inaugurará en la capital de Coahuila esta casa de beneficencia fundada por el señor Don Enrique Maas y su esposa, Doña Trinidad Narro de Maas, quienes han cedido para tan noble objeto una hermosa quinta situada en la parte más pintoresca é higiénica de la ciudad.

El asilo está dotado con el capital de doscientos mil pesos que le asignaron los fundadores y según la voluntad de éstos, las niñas asiladas recibirán en él, educación, amparo y protección cariñosa que les haga olvidar su desgracia. En tal virtud, y para que las beneficiadas sean atendidas con toda eficacia, se limita á cuarenta su número, á menos que los rendimientos del capital permitan ampliarlo, y sin que el aumento redunde en perjuicio de las ya asiladas.

La quinta en que está el asilo es un local admirablemente apropiado á su objeto por las excelentes condiciones higiénicas que reúne.

El señor Maas es oriundo de Guterloh, Westfalia; vino al país el año de 1846 y en 48 se estableció en el Saltillo, donde contrajo matrimonio con la señora Doña Trinidad Narro. Los esposos



*Sra. Doña Trinidad N de Maas.*



*Sr. Don Enrique Maas.*

Maas no han tenido hijos en su unión, y hoy, que cuentan con una gran fortuna, consagran buena parte de ella á aliviar la suerte del huérfano.

**DE ORDEN DE LA EMPERATRIZ.**



En un país donde el absolutismo es cosa que nadie se atreve á discutir, donde hay que aceptar ciegamente y sobre la marcha la orden de un superior, el monarca más justo y más sabio debe temblar ante las fatales consecuencias de un mandato irreflexivo ó precipitado (si es hombre de conciencia), puesto que nadie osaría hacerle objeciones, por descabellado, cruel ó torpe que fuera lo que mandase.

Ejemplo muy curioso de esto es la siguiente anécdota, que el Conde de Segur incluye en sus memorias, asegurando que se trata de un hecho rigurosamente histórico, ocurrido en la corte de Rusia, bajo el reinado de Catalina II.

Un extranjero inmensamente rico, llamado Sunderland, habíase naturalizado en Rusia y era banquero de la Corte.

Su amenísimo trato, su amabilidad para con todo el mundo, y especialmente su intachable honradez, le habían granjeado grandes simpatías en la capital; pero de nada mostrábase el más satisfecho que de la privanza en que estaba con la Emperatriz, la cual sentía por Sunderland un cariñoso afecto y le distinguía sobremanera.



*SALTILLO —Asilo «Trinidad N Maas» para huérfanas.*

Una mañana despertó al banquero su ayuda de cámara con la estupenda noticia de que la casa estaba rodeada de guardias y que el Jefe superior de policía deseaba hablarle inmediatamente.

Reliew, que así se llamaba dicho jefe, entró en la habitación de Suderland con una cara tan tristonra y compugida que nada bueno presagiaba.

—Señor Suderland,—le dijo—heme aquí en situación penosísima... ¡Estoy verdaderamente consternado... y tanto que, á serme posible, presentaría ahora mismo la dimisión de mi empleo para no verme obligado á ejecutar la orden que acaba de dar nuestra Soberana, orden tan severa que me espanta sólo el recordarla... Cuando tan irritada está con vos S. M. muy grave debe ser el delito que habéis cometido.

—¡Yo, caballero!—respondió Suderland.—Si vos ignoráis cuál es mi delito, no esperéis que os lo declare, pues estoy tan ignorante como vos de cuál podrá ser... ¡Por mi honor os lo juro! Pero, en fin, ¿qué orden es la que debéis cumplir?

—¡Ay, señor!—dijo Reliew bajando los ojos.—En verdad que me falta valor para decíroslo...

—¿Habré perdido la confianza de la Emperatriz?

—Si fuera sólo eso no estaría yo tan consternado, pues el favor perdido puede recobrase.

—¿Me desterrará tal vez á mi país?

—Eso sería, sin duda, una contrariedad, pero con vuestras riquezas ¿dónde no se vive á gusto?

—¡Dios mío!—exclamó Suderland temblando.

—¿Me querrá enviar á la Siberia?

—¡Ay! De la Siberia vuelven algunos, aunque pocos...

—¿Quiere encerrarme en una prisión?

—¡Qué suerte para vos si fuera eso!

—¡Bondad divina! ¿Ordenará, pues, que me apliquen el tormento del "knout"?

—Terrible es ese suplicio, pero muchos lo resisten sin perecer.

—¡Cielos piadosos!—dijo sollozando el infeliz banquero.—¿De modo que mi vida está en peligro?... ¡Tan buena y complaciente como ha sido siempre conmigo la Emperatriz, que ayer mismo me habló con tanto afecto...! ¡No, no puedo creerlo! Por favor, acabad de explicaros... ¡La muerte será menos cruel que la insoportable espectación en que me tenéis!

—Pues bien, mi querido señor Suderland,—dijo al fin el jefe de policía con voz ahogada por la emoción. Nuestra graciosa Soberana me ha dado orden para que hoy mismo... os mande disecar.

—¡Disecarme!—gritó el banquero en el colmo del terror.

—Sí, disecaros, ni más ni menos que á un pájaro ó un perro... de esos que se ven en los museos de historia natural...

—¡Dios me valga! ¿Habrá perdido el juicio la Emperatriz? Pero vos, señor Reliew ¿cómo no la habéis hecho comprender la extravagancia y barbarie de esa orden inaudita?

—¡Ay, mi pobre amigo! Hice más de lo que, en otro caso, me hubiera atrevido á hacer, permitiéndome formular humildes objeciones...

Pero la augusta Soberana montó en cólera y con tono irritado me dijo: "¡Salid de aquí inmediatamente, y no os olvidéis de que la primera de vuestras obligaciones es obedecerme sin chistar!"

Imposible sería describir la desesperación del banquero, que Reliew contemplaba con harta pesadumbre; pero como el tiempo transcurría, y era forzoso pensar en la propia seguridad, por mucho que le interesase la agena, el jefe de policía advirtió á Suderland que sólo le dejaba un cuarto de hora para disponer sus asuntos.

Entonces el pobre señor le rogó por todos los santos del cielo que le permitiera escribir cua-

tro letras á la Soberana y que le diera de vida el tiempo preciso para recibir respuesta ó denegación de ella. Tantas fueron sus súplicas que Reliew, haciendo constar que su complacencia podría ponerle en grave peligro, accedió á la solicitado y él mismo se comprometió á llevar el pliego, no sin poner antes guardias de vista al reo, con la consigna (bajo pena de muerte) de no dejarle salir de la habitación, ni hablar con nadie, y que si alguno intentase penetrar en aquella pieza fuese detenido por sospechoso.

Ya en la calle, se sintió Reliew sin valor para presentarse á la Emperatriz con semejante embaajada... y ocurriosele la luminosa idea de poner en autos de aquel negocio al conde de Bruce, rogándole que se encargase de tan espinosa comisión cerca de S. M.

Cuando el conde supo de lo que se trataba, sospechó que el jefe de policía se había vuelto loco, y por primera providencia mandó á los criados que lo sujetasen, mientras se llamaba á un médico... Las lamentaciones, gritos y resistencia de Reliew no dieron mejor resultado que confirmar las sospechas del conde; acordándose luego de Suderland, cuyo escrito tenía á la vista, partió inmediatamente á su casa; pero al querer penetrar en la habitación donde gemía devorado por la impaciencia el mísero banquero, los guardianes de éste, cumpliendo la rigurosa consigna recibida de su superior, detuvieron al conde, encerrándole en otra estancia.

Por lo que se ve, no llevaba trazas de desenmarañarse aquel complicado negocio: los guardianes esperando nuevas órdenes del jefe, este prisionero del conde, el conde en poder de los guardianes y Suderland entre la vida y la muerte, aguardando la contestación de la Emperatriz...

Por fortuna, un alto dignatario de la corte, atraído á casa de Suderland por rumores que ya corrían en la corte acerca de una "vasta conspiración," pudo hablar con el conde y sin perder tiempo trasladó la noticia á S. M.

—¡Corred,—díjole la Emperatriz,—y mandad que dejen libre inmediatamente á ese pobre Suderland, cuyo terror será capaz de quitarle el juicio.

No sin trabajo se consiguió libertar á los presos, y cuando éstos se hallaron relativamente tranquilos en la cámara imperial, díjoles Catalina II: —Sabed, caballeros, que desde hace algunos años tenía yo un precioso perrito llamado "Suderland"... Esta mañana amaneció muerto, y ordené á Reliew que lo hiciese disecar. Me pareció que Reliew no aceptaba con gusto el encargo, é interpretando yo eso en el sentido de que, por una neicia vanidad, juzgaba denigrante la comisión, le despaché con bastante acritud sin más explicaciones... He ahí lo que ocasionó este incidente ridículo... que pudo haber sido trágico!

RAMIRO BLANCO.

A nuestros abonados.

GRAN EDICION DE "EL QUIJOTE."

Hoy recibirán los abonados de este semanario el primer pliego de la obra de Cervantes que publicamos, cumpliendo la promesa que les habíamos hecho.

Como se ve, la edición es lujosa y los grabados de alto valor artístico. Cumplimos, pues, ampliamente nuestro compromiso al ofrecer la obra magna de la literatura española en una edición digna de su mérito, y en la cual insertaremos las ilustraciones de Dore y de Balaca, que han sido hasta hoy los ilustradores más notables del Quijote.

Las páginas primeras que hoy damos, son una garantía de lo que podemos hacer en el orden del perfeccionamiento de nuestros trabajos para satisfacer los deseos del público que nos favorece.

Hemos ordenado un sobretiro del "Quijote" para responder á la demanda de esa obra, que repartiremos sin recargo en el precio á los nuevos abonados con el primer número de Enero.

"Nuestra Señora de París" quedará concluida en la primera quincena de Enero.



Los espadas españoles Fuentes y «Minuto» que trabajan en la Plaza «México»

[Fot. de Lange.]



*Las comidas en las escuela.*

Cuadro de Mlle. Marie Perrier.

## REGALO DE NAVIDAD

Cuando se cerró la puerta, el corazón de Weston latió fuertemente al mismo tiempo que de sus labios se exhaló un suspiro. Un viento frío barría en las calles los copos de nieve, y á lo lejos las campanas anunciaban con alegría que era noche de Navidad. Mientras Weston abrochaba cuidadosamente sus guantes, por la cerrada puerta salían, débilmente, las notas del piano: era Isabel quien tocaba; y Weston la veía en su imaginación, con su puro y delicado perfil, y su sonrisa discreta.

Mientras cruzaba la avenida, mil pensamientos bullían en su imaginación. ¡Cuán loco era! ¿Qué derecho tenía él, un pobre profesor de matemáticas de la escuela de Señoritas en Howard, para poner sus ojos en la hermosa Isabel? Ni qué razón había para que hubiese ido á pasar sus vacaciones de Navidad á Nueva York, en vez de irse á la quinta de sus padres, donde debía estar ya? ¡La quinta! Eso era todo lo que poseía, pensó amargamente; y ¡cómo había de llevar allí á esconder á la pobre joven! Oh!... ¡cuán avergonzado se sintió esa noche, cuando Isabel le dirigía la palabra! y qué ruda le pareció su mano mientras oprimía la de Isabel al despedirse! ¡Qué locura pensar en ella! ¿Por qué se le ocurrió á Buckley, —su condiscípulo y á la vez primo de Isabel— en un momento de espontaneidad cordial, llevarlo á presentar á la casa de aquella linda joven que, sin saberlo, le causaba tantas preocupaciones? ¡Cómo envidió el pobre Weston á su amigo Buckley porque, siendo tan tarde, aun se quedaba esa noche en casa de su prima, muy sentado cerca del piano, oyéndola cantar, con toda la familiaridad del amigo íntimo y del hermano! Isabel aún estaría cantando... Oh! su dulce voz! su acariciadora y dulce voz!...



El viento seguía soplando con fuerza. De pronto, alguien se interpuso en su camino.

—¡Feliz Navidad tenga usted, caballero! ¿Sería usted tan generoso de proporcionar una ayuda á una infeliz mujer que hoy mismo ha enterrado á su marido, y que tiene dos hijos enfermos?...

El profesor no pensó por esta vez en su corto sueldo, y llevando la mano á uno de los bolsillos de su paletot, sacó una moneda que alargó á la vieja, quien se alejó rápidamente; pero, junto con la moneda, salió del bolsillo un pequeño paquete, envuelto cuidadosamente y atado con un listón azul.

Weston, asombrado, no se cansaba de dar vuel-

tas al paquetito sin comprender lo que aquello sería. ¿Cómo había venido á dar eso á su bolsillo? ¿Sería acaso una mala pasada que alguno de sus amigos querría jugarle?

Después de un momento de vacilación, decidióse por fin á romper la envoltura del paquete. Era una cajita de cartón. Abrióla. ¿Qué había adentro? Un pequeño corazón de plata, reluciente como un diamante. Lo tomó en sus manos para examinarlo... ¿Qué significaba aquello?... De pronto la calle pareció iluminarse con una luz nueva, y á esa luz Weston creyó ver un rostro de mujer... sí, era ella que se levantaba del fondo de su pensamiento, la misma, era Isabel con su dulcísima sonrisa y sus grandes ojos... No, no era una ilusión. Se apoyó en el poste y se entregó á los más halagadores sueños. ¡Sería posible! Es decir, que ella había comprendido la gran adoración que le profesaba, y mirando su humildad y timidez le daba ese corazón, significándole con él que admitía su afecto y que ella también...

Una inmensa alegría sintió que le subía como ola, del corazón al cerebro. Sintió que sus piernas vacilaban, y que le faltaba la respiración.

—Mañana, pensó, mañana volveré á verla, y entonces podré decirle cómo la amo y cómo la he amado desde el primer día que la ví.

Corto se le hizo el trayecto que debía seguir para llegar al hotel. Deseaba ya estar solo y poder entregarse á sus pensamientos. La imagen de Isabel transformaría su cuarto.

Prendió la luz, colocó la cajita sobre la mesa y, acercando una silla, sentóse y quedó mudo y pensativo ante el pequeño corazón, con la misma placidez con que los devotos clavan sus ojos en las imágenes.

Sus pensamientos comenzaron á tomar forma, y sin descender del país de los ensueños, pensó de una manera más formal. Cierto era que su sueldo no ascendía á una gran suma, ni mucho menos;—aquí la sangre se le subió al rostro—pero dentro de tres años, quizá dentro de dos, sus entradas serían mejores. Y la casita en que el profesor de matemáticas vivía, allá en Howard, ya sería suya para entonces, y cada vez que llegara á ella, una vez terminadas sus clases, Isabel estaría esperándolo en el pequeño vestíbulo. ¡Y qué alegres veladas serían aquellas, endulzadas por el canto de la joven!

A este pensamiento, los ojos de Weston se llenaron de lágrimas. ¡Y cuando pudiera llevar á Isabel á la casa paterna! ¡cuando su madre pudiera estrecharla entre sus brazos! Oh! qué hermosa la encontraría, le parecería un ángel y cómo iba á quererla....

Y en su imaginación veía abrazadas á las dos mujeres, el cabello blanco de la anciana junto á los rubios bucles de Isabel; la morena frente de su querida viejecita, apoyada en el hombro suave de la niña encantadora...

Era tanta la emoción de Weston, que las lágrimas resbalaban por sus mejillas, mientras repetía con sorda adoración:

—¡Bendita, bendita sea!

Unos bruscos golpes dados á la puerta, lo sacaron de su ensueño; y á la pregunta de ¿quién? la voz del muchacho portero respondió:

—Una tarjeta para usted y un caballero que á la puerta espera.

Weston abrió precipitadamente y se encontró con que la tarjeta era de su condiscípulo Buckley.

—¿Digo al caballero que suba? preguntó el muchacho.

—Sí, y que pase, respondió Weston.



Y de pie, en el dintel de la puerta, esperó la llegada de su amigo, mientras pensaba: “¿qué motivo puede traerle á mi casa á esta hora? nunca han sido frecuentes sus visitas.” Un pensamiento repentino cruzó por su imaginación: ¿sería algo que viniese á echar por tierra sus ensueños?

Un siglo le pareció que tardaba Buckley en subir la escalera.

Rápidamente se dirigió hacia la mesa, tomó la caja donde brillaba el corazón, y la sepultó en el bolsillo.

Buckley entró en el cuarto con mucha naturalidad.

—Buenas noches, Weston; ya imagino que te extraña verme aquí á semejante hora; pero no ignorando yo que acostumbrabas salir muy temprano, quise venir á buscarte hoy mismo.

—¿Se trata de la señorita Isabel? ¿le ha sucedido algo?—preguntó Weston.

—No, nada ha ocurrido á Miss Carston, está bien; sólo que... ha sucedido una cosa graciosa, inesperada...

Weston, muy nervioso, acercó á Buckley una silla para que tomase asiento.

Sentóse Buckley. La luz de lámpara iluminaba su rostro, bastante hermoso, aunque un poco ajado por la vida disipada; y su aspecto elegante contrastaba singularmente con la apariencia humilde de aquel cuarto de hotel de segundo orden. Sacó su cigarrera ofreciendo un papelillo á Weston; pero, éste, con un movimiento de cabeza indicó que no fumaba.

—Pues bien, dijo Buckley, lanzando una espesa bocanada de humo; la cosa es por demás graciosa, y vas á oírla. Después que abandonaste la casa de miss Carston, ésta se puso á cantar y yo aún permanecí allí. Cerca de las once me despedí, y al tomar del perchero mi paletot y comenzar á ponérmelo, Isabel, mirándome de pronto, fijamente, me preguntó con gran ansiedad: “¿Es éste su paletot de usted?” á lo que yo hube de contestar. “Por supuesto.” Entonces miss Carston, echándose á reír con toda su alma, se puso á gritar: “¡Dios mío, Dios mío! ¡lo que he hecho!” Y entonces me contó ésto: que había comprado para mí un regalo de Navidad, pero que para que mi sorpresa fuera más agradable al verlo, pensó no dármelo en propia mano, sino ir secretamente á donde estaba mi paletot y echar la cajita en uno de los bolsillos para que yo la encontrase al llegar á casa. “¡Oh! las mujeres, agregó Buckley, siempre andan haciendo tonte-

rías! Y se echo á reir con la mayor naturalidad.

Después continuó:

—Aquí está lo gracioso, que en vez de echar la cajita en mi paletot, fué á echarla.....

Al llegar aquí se inte-



terruptió bruscamente y mirando á Weston:

—¿Qué tienes? le preguntó te sientes mal?

El profesor dió algunos pasos por el cuarto, y rehaciéndose cuanto pudo volvió á sentarse diciendo:

—No, no es nada, gracias. Continúa.

Buckley sacudió la ceniza de su cigarro y concluyó diceindo:

—Pues no hay más sino que te has venido con mi regalo de Navidad, y vengo á reclamártelo. A Isabel le dije que lo probable era que no lo vieras; pero ella no quedó tranquila sino hasta que le hice formal promesa de venir á recogerlo. ¿Has dado ya con él?

Weston echó hacia atrás los bucles que barrían su frente. Sus dedos apretados en la caja en el fondo del bolsillo no podían alargar el regalo á Buckley. Por fin, haciendo un gran esfuerzo, entregó á su amigo la caja.

—¿Será ésto? dijo con voz débil fingiendo una sonrisa.

—Gracias Weston, respondió Buckley, guardándose la caja. Gracias, y permite que me retire, lo que no haré sin decirte que Isabel y yo vamos á casarnos. Nuestros viejos han arreglado ya el negocio y yo me dejo guiar por ellos. Después de todo no es Isabel una muchacha despreciable, y por otra parte no gusta de romanticismos, lo que me halaga mucho.

El profesor se clavó las uñas en las palmas de sus manos, y estuvo á punto de caer sobre la mesa.

—¡Cielos! exclamó Buckley al verlo, tú estás malo. Vamos á que tomes algún confortativo, ó permíteme ir por él.

Weston movió la cabeza:

—No es nada, no es nada, el frío.... Siento mucho haber sido la causa de que te molestaras, teniendo que venir tan lejos, con esta noche....

—No, eso no; dijo Buckley. En fin, todo se ha arreglado. Buenas noches, no olvides ir á la boda.

Al abrir la puerta un gran murmullo lo invadió todo. Un cañonazo se oyó á la distancia, y en seguida todas las campanas de la ciudad repicaron á vuelo.

—Noche de Navidad, gritó alegremente Buckley, mientras bajaba la escalera. Muy feliz te la deso, Weston; adiós otra vez.

El profesor cerró despacio la puerta y aún se quedó allí por algunos instantes. Después, dirigiéndose hacia la mesa sentóse en la silla, mientras dejaba caer la cabeza entre sus manos...

THEODOSIA GARRISON.

## El Poeta y la Perla

Una hada me dió una perla diciéndome:

—Todos creen que las perlas se forman en las conchas, y no es así. Las perlas son lágrimas que caen en el mar de las pequeñas Elegidas, regañadas por Santa Gudula y Santa Verónica, (institutrices del paraíso) por haber hecho novillos á lo largo de la Via-Lactea.

—Siempre lo había dudado, afirmé.

—Por lo demás, repuso, no se trata de esto. Mira bien lo que te doy. Es la más clara, la más pura, la más exquisita de las lágrimas lloradas por los colegiales del cielo. Ni Teodoro de Banville hubiera podido encontrar una imagen digna de figurar el milagroso esplendor suave de esta perla. En una palabra: es perfecta.

—Cómo te agradezco tu regalo, buena hada.

—Me lo vas á agradecer más. A esta perla maravillosa que nada se le podría comparar, le he concedido, tocándola con mi varita de avellano incrustada de rubíes, el milagro de convertirse, según tu deseo en no importa qué sér ó qué cosa y conservar bajo su nueva forma su belleza incomparable. Escocoge pues: y si quieres que se convierta en estrella, brillará inmediatamente más radiante que Sirio y Venus y Orión y Aldebarán.

—Ah! grité entusiasmado, quiero que sea.....

—¿Una mujer? interrumpió el hada. De tí esperaba ese deseo; sabiendo que no eres de aquellos, bastante raros, por lo demás, á quienes inspira horror el tono rosado de las frescas bocas femeninas. Sin embargo, no te apresures; nos solemos arrepentir de las decisiones prontas. Deja pasar tiempo, reflexiona, y sobre todo, sueña. Mañana vendré á ver la elección que has hecho. ¿Convenido?

—Convenido.  
—Hasta mañana, poeta.  
—Hada, hasta mañana.

### II

A decir verdad, estaba seguro de que ni la reflexión ni el sueño, modificarían en modo alguno, mi instintivo y racional anhelo. ¿Qué tesoro equivaldría á la más bella de las perlas, convertida en mujer? Ya el éxtasis que hizo reventar en un instante todas las rosas de la tierra, y encenderse la luz y cabrillear el profundo mar cuando Afrodita se irguió en medio de un tenue vestido de espuma, me encantaba el corazón y el alma, y no lo creeréis, el cuerpo también. Vería, estrecharía, poseería la Quimera eternamente esperada y nunca alcanzada de la perfecta belleza, la perfecta belleza que hizo reir de placer y sollozar de desesperación á los Fidas y á los Cleómenes. ¡Religiosos transportes hacia el infinito cielo constelado de estrellas! ¡Adoración con las manos juntas y luego abiertas á la divinidad de la garganta, una

doble! ¡Fervor de las misas celebradas ante el ara de incontaminada blancura! ¡Embriaguez de besos bebidos en los cálices de las purpúreas bocas! ¡Apuraría todos esos goces. Y levantaría el orgullo de mi frente.

Pero en aquel momento la mujer que adoro se apoyó sobre mi espalda, curiosa de mi silencio, y sentí muy cerca del bigote ese soplo tierno precursor del beso. Oh! qué hermosa es. ¿Me encantaría hasta aquel grado la perla-mujer más bella quizá, pero no más deliciosa? ¿Acaso, por el amor á la perfección hay que renunciar á imperfecciones exquisitas y adoradas? Perdería tal vez. Por otra parte, al contrario de los grandes amantes que conducen consigo un innumerable rebaño de Elviras desoladas, yo he tenido siempre,—lo confieso—el horror de la novedad.

¿Qué hermoso sería habitar un palacio donde como el que Pedro Corneille evocó para Psychis, todo está hecho para el deleite de los ojos! La nobleza de las arquitecturas tiene por qué agrandar á las almas enamoradas de los poemas bien ordenados y blancos como reales vestíbulos. Pensé que no sería malo convertir la perla en un soberbio edificio. ¿Y si se transformara en un suntuoso dominio, de anchas avenidas, donde se pasearan hasta el horizonte del mar, mis sueños señoriales? ¿Si hiciera de ella un corcel rápido como el viento, de crines de relámpagos que me llevara por los vértigos de la ilusión? ¿Si la transformara en vestidos tan ricos como no tuvo iguales Sardanápalo en su triunfal hoguera, ó en un festín cuyo olor, derramado por todas partes, fuera á despertar el hambre resucitada de Brillat-Savarín y de Monselet, ó una carroza resplandeciente que atravesara entre el entusiasmo de las multitudes, ó un manto de Emperador, ó una corona tan deslumbrante que se humillaran ante ella todos los diademas y todas las tiaras? Todas estas metamorfosis de la perla tenían por qué tentarme.

Podía también desear que se convirtiese en el tro-



no de rayos y de nubes donde se sienta el Padre Eterno y donde yo me sentaría á mi vez, lo que, en verdad, me dejaría sumamente perplejo.

## III

Al día siguiente, después de tantas reflexiones y sueños, no quedaba en mí la menor vacilación. Cuando entró el hada, contemplaba yo con ojos serenos la perla que me había dado y que había puesto, entre los papeles de mi mesa, en una copa de bronce, en medio de un volumen de León Diery y otro de José María de Heredia.

Me preguntó:

—¿Has hecho ya tu elección, poeta?

—Sí, hada.

—¿Definitivamente?

—Sí.

—¿Y no sientes ninguna tristeza por los bienes á que has debido renunciar?

—Ninguna.

—¿No dirás nunca que empleaste mal el privilegio que te dí?

—Nunca.

—Habla pues, dijo el hada. ¿En qué quieres que se convierta la perla, que bajo su nueva forma, que será tuya, guardará su belleza incomparable?

—Yo le respondí: en un Soneto.

CATULLE MENDES.

## El Poolevo de las Furias.

(DE LESSING)

Plutón recibió la visita de Mercurio, que había bajado al Averno para ofrecer sus servicios al dios de las tinieblas.

—¿Quieres algo para el mundo de los mortales? —preguntó el mensajero de los dioses.

—Sí,—contestó Plutón.—Mis Furias han envejecido mucho; el constante trabajo les ha quitado fuerzas y no martirizan á los réprobos con todo el rigor que marcan las ordenanzas. Deseo, por lo tanto, relevarlas... ¿No podrías proporcionarme otras, jóvenes y fuertes? Anda, pues, y busca por el mundo tres mujeres que puedan substituir dignamente á mis pobres Tisiphone, Megara y Alectona. (1)

Mientras Mercurio partía velozmente á cumplir el encargo, Juno daba instrucciones á Iris, su diosa favorita.

—Venus,—le decía,—se muestra muy orgullosa é impertinente por tener á su lado las tres Gracias, de quienes se cuentan en el Olimpo algunas historietas... Quiero avergonzar á Venus y humillarla, haciéndome servir de tres doncellas absolutamente castas, que jamás hayan amado y delinquido (siquiera sea en el pensamiento) en materia de amor... ¿No se atreve á decir esa odiosa Venus que todas las mujeres están sometidas á su imperio y al del rapazuelo, su hijo? Vuela, pues, mi buena Iris, y busca por el mundo tres mujeres de una castidad severa é inquebrantable.

Obedeció Iris, y no dejó rincón alguno de la tierra sin visitar... ¡Inútiles esfuerzos! Persuadida de que no le era posible complacer á Juno regresó desalentada al Olimpo.

—¿Cómo!—gritó la diosa.—¿Vuelves tan sola como partiste? ¡Oh, castidad, virtud sublime, cuan olvidada te tienen los míseros mortales!

—Excelsa Juno,—contestó Iris,—hubiera podido traerte tres jóvenes perfectamente castas, que jamás habían amado á ningún hombre, que á ninguno habían favorecido con una sonrisa y cuyos corazones nunca habían palpitado á impulsos del más leve deseo amoroso... Pero ¡ay! llegué demasiado tarde...

—¿Y bien?

—Mercurio, en nombre de Plutón, se había ya apoderado de ellas.

—¿Es posible? ¡Tres jóvenes que eran la castidad, la virtud misma, que no habían amado nunca...! ¿Qué quería Plutón hacer de ellas?

—Furias...

(1) Fstos nombres significan: "rabia, carnicería y envidia."



## SIN SOMBRAS.

La noche no es triste, si el cielo en que arde el último rayo que alumbra la tarde conserva los vivos reflejos del sol: la noche, con astros lucientes y blancos, no es triste si llega prendiendo en los flancos de agreste montaña su azul pabellón.

Si esconde el ocaso su cinta escarlata, si flotan las nubes con orlas de plata, si brilla la nieve del alto volcán; si todo se cubre con diáfano velo, que es luz en el astro, cambiante en el cielo, color en el lirio y estela en el mar.

No es triste la noche cuajada de estrellas; no es triste, si el aire, fingiendo querellas, inclina los juncos y arranca un rumor; si nace el misterio, si surge el encanto, y ocultos exhalan, el ave su canto, ¡la flor su perfume y el alma su amor!

¡Oh, luna, flor casta del cielo en la noche! ¡Abriste en la sombra tu pálido broche y viertes doquiera tu mística luz! El árbol se argenta con claros reflejos, se esmaltan los campos, esplende á lo lejos la selva, y el monte se viste de azul.

¡Oh diáfanos horas! ¡Oh breves instantes! los ángeles bajan y vuelan errantes trayendo rocío, consuelo y amor. Reptiles y monstruos descansan inermes:

¡Oh anciano que velas, oh niño que duermes! vuestra alma se ha ido en busca de Dios!

¡Feliz tú, si llevas la noche en el alma!

¡Felices recuerdos que viven en calma! ¡Felices memorias de cándido amor! La noche no es triste, si el cielo en que arde el último rayo que alumbra la tarde, conserva los vivos reflejos del sol!

## A LA MEMORIA DE PABLO ARAOS.

He escuchado de pronto, en torno mío  
Como un rumor de algo que se muere,  
El eco de una cuerda que se rompe,  
El eco de una lira que enmudece.

Yo conocí esa lira en otro tiempo  
Fugaz, fugaz, primaveral y alegre;  
La conocí cubierta de amapolas,  
La conocí ceñida de laureles!

¡Cómo vibraba el ritmo cadencioso  
Lleno de amor y de ternura siempre,  
A la luz de la estrella matutina,  
Bajo el follaje de las hojas verdes!

¡Ay, cómo entonces se acercó al oído  
La rima de tus versos dulcemente,  
Con la magia de un himno que despierta  
O el hechizo de un canto que adormece!

Y aún oigo, dulce bardo tus cantares,  
En esas lejanías de la muerte  
Donde la juventud alzó las torres  
Que nunca al polvo derrumbadas vienen!

Cúspides altas donde el sol deshace  
Del desengaño y de la edad las nieves,  
Donde van á abrigarse los suspiros  
Que le arrancan al pecho los reveses!

Torres á cuyos pies, más tarde, vemos,  
Las pocas dichas que en el alma duermen  
Echándose á volar como los pájaros  
Que al sol las plumas de sus alas tienden!

Torres á cuyos pies la fosa se abre,  
Que guarda el barro que la vida envuelve,  
Do á la vida renace, como el tuyo  
El espíritu en medio de la muerte!

Donde hoy escuchas nuestro acento amigo,  
Donde van á llorar los que te quieren,  
Donde el último sueño venturoso  
Entre los brazos de la gloria duermes.

Duerme!...y tu sueño venturoso halaguen  
Leves auras de amor de tu Campeche  
Y del hermoso mar que tanto amaste  
El dulce arrullo de sus ondas verdes!

México, 14 de Diciembre de 1899.

LUIS G. URBINA.

JOSE PEON CONTRERAS.